

MORAVIA:

“El pueblo italiano, mejor que sus gobernantes”

CON motivo de la concesión de los Premios Literarios Octubre de que informaba la semana pasada en estas páginas, estuvo en Valencia el escritor italiano Alberto Moravia, que había sido designado jurado del premio de Periodismo. Moravia llegó a media tarde por carretera desde Barcelona, donde le había dejado, por la mañana, el avión de Roma, acompañado de un director de teatro español que trabaja en Italia, Lino Brito, y de Max Kahner y Francesc Vallverdú. El escritor venía cansado del viaje, pero no se hizo de rogar cuando le propuse sostener una conversación con destino a la prensa. Estuvimos sentados durante casi dos horas en el salón del hotel Astoria, que estaba lleno de gente, pues en aquellos días se celebraba en Valencia la Feria Internacional del Mueble. Hablamos de muchas cosas. Moravia me dijo lo muy contento que estaba de encontrarse en España, un país que conocía muy bien y al que quería mucho. «Soy un lector apasionado de la literatura española, sobre todo de la poesía, tanto de la moderna como de la clásica», afirmó, añadiendo que muy a menudo leía y releía autores españoles. Hablamos también del motivo de su viaje a Valencia, el de tomar parte como jurado en unos premios literarios en lengua catalana. Como ya tuve ocasión de explicar en mi información de la pasada semana, Alberto Moravia me habló de la necesidad de defender las culturas minoritarias y de prestarles el apoyo que merecen, especialmente en el caso de la cultura catalana, que él personalmente conocía y estimaba mucho. Respondió a todas las preguntas que le hice, y sólo se negó a hacerlo cuando le pedí que me hablara de sí mismo y de sus obras. «A mí me gustan los libros de los demás más que los míos», dijo. «No tengo nada que decir acerca de mí mismo». Apenas es necesario hacer una semblanza literaria del autor de «La Romana». Nacido en Roma en 1907, Alberto Moravia comenzó a escribir muy joven, a los nueve años, según él mismo me dijo. Padeció en su adolescencia una enfermedad grave, una tuberculosis ósea que le tuvo mu-

chos años en cama y le impidió realizar ningún tipo de estudios, y que es responsable de su visible cojera. A los dieciséis años comenzó su gran novela «Los indiferentes», publicada en 1929, que constituyó un enorme éxito en la Italia fascista; sobre todo, como ha dicho algún crítico, debido al hecho de que daba una imagen de

los idiomas cultos del mundo, y lo principal de ella puede encontrarse en castellano. Alberto Moravia es un escritor enormemente prolífico, en quien se aprecia una admirable vitalidad. Ha publicado miles de artículos, y sigue escribiendo para la prensa con la ilusión de un joven periodista que iniciara su carrera. Me cayó muy

les, teniendo en cuenta el momento histórico que atravesamos, conocer su opinión a propósito de lo que está ocurriendo en Italia. Hablando sobre el tema del fascismo, que parece revivir en Italia, le pregunté si creía que era el mismo fascismo histórico o una nueva forma de fascismo. Me dijo:

—No es lo mismo. Naturalmente, todavía viven muchos de los fascistas del pasado, pero el fascismo nuevo es un poco distinto. Hay que decir en primer lugar que el fascismo no es muy numeroso en Italia. Es una minoría muy pequeña. Los actuales fascistas están, a mi juicio, y puedo equivocarme, más próximos al nazismo que al fascismo tradicional. Hay razones para creer que se trata de un movimiento internacional, también porque, en general, ha cambiado el sistema social del mundo entero. En mil novecientos veintidós, los fascistas eran nacionalistas, mientras los trabajadores eran internaciona-

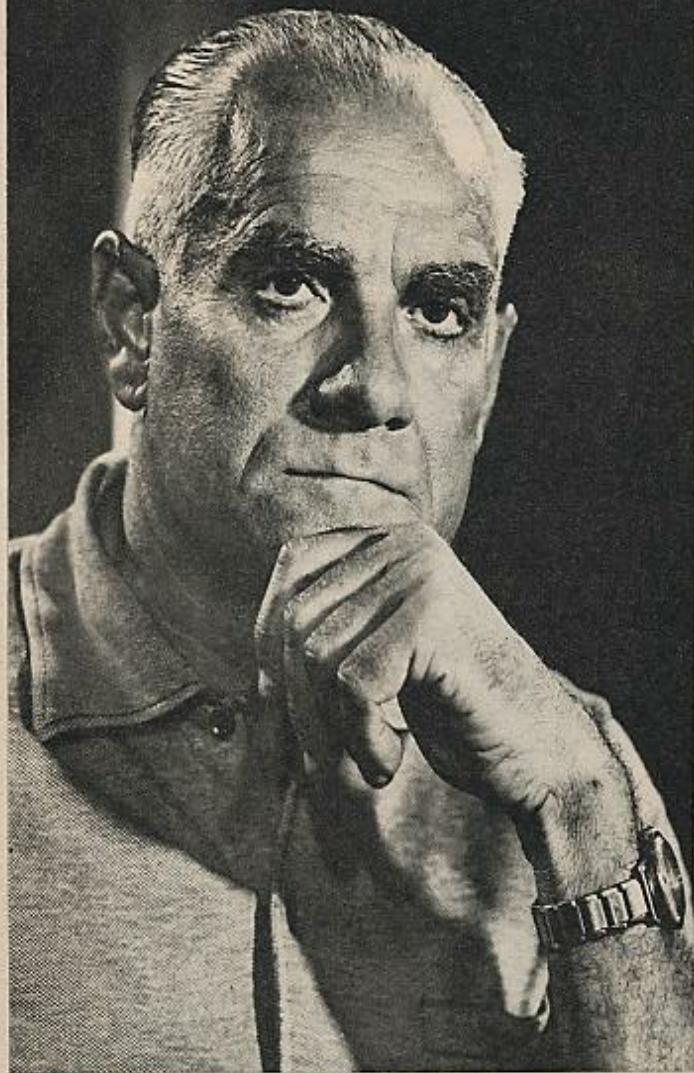
Luis Carandell

la realidad italiana que desmentía de forma rotunda el barato optimismo que trataba de simular el régimen fascista. La lista de sus obras es interminable: La Romana, El conformista, El aburrimiento, La Campesina, Los Cuentos y Nuevos Cuentos romanos, El desprecio, Agostino, La desobediencia, Las ambiciones equivocadas, El autómatas, La epidemia, así como gran número de narraciones y piezas de teatro. Su producción ha sido traducida a todos

simpático el otro día saber que, a pesar de que había venido a España en un viaje de veinticuatro horas, había traído consigo su máquina de escribir y estaba preocupado por encontrar un par de horas libres para escribir su artículo para «El Corriere della Sera» del día siguiente. El principal motivo que me guiaba al dirigirme a Alberto Moravia era hablar con él de la situación política italiana. Me parecía que podría ser de gran interés para los españo-



Alberto Moravia ha estado en España, en Valencia, con motivo de la concesión de los Premios Octubre.



«Históricamente hablando, el fascismo ha sido una catástrofe. Por eso los italianos no tienen nostalgia de la autoridad.»

tas. Hoy es lo contrario. La burguesía es internacionalista y el movimiento obrero es más bien nacionalista, o al menos muy ligado a las condiciones locales.

Le pregunté si los italianos tenían miedo a ese fascismo, o si existía en Italia un clima de temor ante la posibilidad de un golpe de Estado.

—No —dijo—. La única cosa de que tienen miedo los italianos es de la crisis económica. El fascismo no da miedo. Existe un terrorismo fascista, pero este terrorismo no ha influido en la gran masa de los italianos. La vida italiana continúa desarrollándose del mismo modo que siempre. Ha habido episodios terroristas aquí y allí, pero interesan a pequeñas minorías. No creo que exista por el momento la posibilidad de un golpe de Estado.

—¿Cuál cree usted que es la actitud de los militares? —le pregunté.

—Los militares, por lo que yo sé, niegan oficialmente haber adoptado actitudes políticas. Evi-

dentemente, los militares son también ciudadanos, y como tales tienen sus opiniones, pero los militares italianos son como los demás italianos, y los italianos no están en general muy politizados, están más bien despolitizados. La lucha política se desarrolla entre un número no muy amplio de personas. Existen en cambio grandes sindicatos que, eso sí, son muy numerosos y en ellos participan grandes masas.

Surgía aquí el tema de si los sindicatos pudieran sustituir a los partidos políticos en la vida de la democracia italiana, como han sugerido algunos comentaristas políticos. Moravia dijo sobre este punto:

—No, por el momento. Italia es una democracia parlamentaria, y la sustitución de los partidos por los sindicatos es un proceso que por el momento no está ni siquiera esbozado, quiero decir que no hay ni siquiera indicios de que pueda llegar a producirse.

Hablamos luego del «compromiso storico» en relación con la

nueva política del Partido Comunista.

—El *compromiso storico* es una frase acuñada por el secretario del Partido Comunista, si no me equivoco, porque yo de política entiendo sólo relativamente, para designar una forma de participación de las masas en la vida política. En cierta medida se trata de un compromiso entre el Partido Comunista y la Democracia Cristiana, pero es difícil decir hasta qué punto. Es necesario comprender una cosa. Ha sido creado en Italia un lenguaje político que es extremadamente ambiguo y polivalente. Esto no sólo por parte de los democristianos, que son maestros en el manejo de este lenguaje ambiguo, sino por parte de todos los partidos. Por eso, yo diría que cuando surge una fórmula como el *compromiso storico* surge precisamente porque se quieren dejar abiertas todas las posibilidades. En resumen, el lenguaje político en Italia es posibilista, pero esconde una enorme cantidad de maniobras, de tácticas que escapan al profano. Sólo los verdaderos políticos comprenden algo de esto. Este lenguaje no realista, este lenguaje ambiguo, claro está, es una característica del mundo moderno. Existe lo mismo en Europa que en América y en todas partes. La realidad es ocultada más que explicada. Y como en Italia tenemos una vida pública dominada por las posiciones personales, por las clientelas, por los partidos, por las corrientes, se multiplican estos eufemismos. Se ha acuñado ahora una nueva palabra: politólogo. Un politólogo es el individuo que ve claro en esta oscuridad. Yo no soy un politólogo. Soy un artista y ensayista literario.

Le pregunté luego qué pensaba él que sucedería en caso de que se celebraran elecciones generales en Italia.

—No creo que se produjeran grandes cambios. Los democristianos y el *Movimiento Sociale Italiano*, o sea, los fascistas, han sido derrotados tanto en el referéndum como en las elecciones de Cerdeña. Han perdido muchos votos. La derrota de los fascistas se debe al hecho de que se ha descubierto que las bombas puestas en los trenes, y aquí y allá en diversos atentados, habían sido cosa de los fascistas. Esto no les ha ayudado nada, porque a la gente no le gustan mucho las bombas. A alguna persona sí, pe-

ro a la mayoría le gustan otras cosas. Los democristianos han perdido votos por su mal gobierno, porque han gobernado mal el país, para decirlo claramente. Es una cosa muy natural que pasa en todas partes. Si, por ejemplo, el Partido Demócrata americano gobierna mal, cuando vienen las elecciones las pierde. Esto es lo que les pasa ahora a los democristianos. Ellos se asombran porque piensan que van a estar en el poder para siempre, pero esto ocurre en la democracia: cuando se gobierna mal, el país, la nación, el pueblo o como quiera llamársele, o sea, los electores, buscan a otro. No es muy sorprendente.

Le dije entonces que aquí, en España, había gente que volvía de Italia diciendo que se observaba entre los italianos una cierta nostalgia de autoridad, un cierto cansancio por lo que consideran desorden en la vida italiana. Moravia reaccionó con viveza:

—No es así. Yo diría otra cosa. El partido democristiano, que gobierna Italia desde mil novecientos cuarenta y cinco, es un partido católico, lo que se llama un partido confesional en el que hay una derecha, una izquierda y un centro. Ahora bien, los católicos, por tradición antigua que va mucho más allá de nuestro *Resorgimento*, no tienen el sentido del Estado nacional. Tienen más bien el sentido de la Iglesia, de la universalidad, etcétera, etcétera. Por eso tenemos en el poder un partido que carece del sentido del Estado que tenían, por ejemplo, los liberales antes del fascismo. Los fascistas tenían ese sentido del Estado de una manera hipertrofica, pero aquello era demasiado. Los liberales, que gobernaron Italia de mil ochocientos setenta a mil novecientos veintidós, tenían el sentido del Estado. El Estado italiano fue creado por los liberales. Lo que sucede no es que los italianos tengan nostalgia de la autoridad. La mayor parte de los italianos han pasado por la experiencia autoritaria con Mussolini y no puede decirse que estuvieran satisfechos precisamente. Cualesquiera que hayan sido las cualidades y defectos del fascismo, una cosa está fuera de duda: que ha provocado el mayor desastre militar y social de la Italia de todos los tiempos. Para encontrar un desastre semejante hace falta remontarse a las invasiones españolas y francesas ▶



usted,
su coche,
sus neumáticos Xas
un equipo
invencible



MICHELIN
XAS
radial

MORAVIA

del *cinquecento* o a las guerras entre godos y griegos, a las guerras de Belisario. Este desastre ha sido provocado por un partido que decía ser patriótico. El fascismo ha sido una fatalidad. No quiero hacer análisis político porque no me interesa. Históricamente hablando, el fascismo ha sido una catástrofe. Por eso los italianos no tienen nostalgia de la autoridad. Tienen tal vez, en cambio, eso es posible, nostalgia de un Estado que funcione, que no se limite a cubrir el expediente de los asuntos ordinarios.

«En cuanto a si existe desorden en Italia, yo no lo creo. Hay huelgas, pero no es un país desordenado. Yo debo hacer aquí un elogio de los italianos. En condiciones muy difíciles, económicamente hablando, con la llamada «estrategia de la tensión» (otra frase ambigua), desde mil novecientos sesenta y nueve hasta hoy tenemos una situación anómala debida a una cierta actividad terrorista. Sin embargo, hay que reconocer que los italianos no han perdido la calma, han mantenido una actitud de autodomínio muy controlada y muy serena. Es un país que ha dado una prueba de madurez política a mi parecer extraordinaria. Para decirlo en una palabra, en esencia el pueblo italiano es, creo yo, mejor que sus gobernantes. Han dado pruebas de tener los nervios muy templados.

Pasó luego a hablar del tema de la crisis económica:

—La crisis económica es grave. No sé si es muy grave o bastante grave, no sé, es difícil decir estas cosas. Hay quien dice que no lo es tanto. He hablado con muchos políticos y algunos dicen que haría falta poca cosa para resolver esta crisis. Es un problema de todas las naciones hoy en día. Dicen que Inglaterra está en condiciones peores que las nuestras. Por ejemplo, en Inglaterra han disminuido las exportaciones. En Italia han aumentado. La cuestión italiana es muy simple. Italia es un país que carece de materias primas. Es un país transformador. Compra materias primas y las transforma en mercancías. Y el encarecimiento de las materias primas, no sólo del petróleo, sino de todo, ha puesto en dificultades la balanza comercial italiana porque hemos tenido que importar materias primas pagándolas a un precio muy alto. Tenemos, en cambio, pocas reservas bancarias. Esta es una de las razones de la crisis. La otra es un poco complicada. El Estado italiano,

gobernado por el partido de la mayoría, es decir, por el partido democristiano, ha creado una inmensa red de "enti", de entidades paraestatales. Estas entidades, lo que nosotros llamamos *sottogoverno*, absorben una gran parte de los ingresos del Estado producidos por los impuestos, es decir, absorben nuestro dinero. Hay muchísima gente en Italia que rinde mucho menos que lo que le pagan. Esto es muy difícil de resolver, porque son personas que viven a costa del Estado y que constituyen la fuerza del partido de la mayoría. Esto es un problema a mi parecer casi insoluble. Un problema económico y político.

Hablando en general de la democracia italiana, dijo:

—Italia es una democracia. Las democracias son por definición débiles, pero pueden durar mucho. Francia es una democracia desde mil ochocientos setenta, ¿no?, con la interrupción del nazismo. Ha habido muchos escándalos, cosas tremendas, pero la democracia dura. Las democracias son más duraderas que las dictaduras. Dan siempre impre-

sión de debilidad, pero son muy resistentes. A menos que venga un acto de violencia, es difícil que una democracia muera. Nosotros tenemos una democracia con las debilidades de todas las democracias, como en la inglesa o en la francesa. Pero tenemos otra debilidad además. Una cosa que es propia del tercer mundo. Tenemos un asalto al Estado, un asalto para tomar el dinero del Estado en forma de subvenciones, asistencias, entes paraestatales, etcétera. Esto no es una cosa propia de las grandes democracias europeas. Es más bien una cosa típica del tercer mundo, de Latinoamérica o de los Estados asiáticos, donde no hay una burguesía independiente del Estado. El Estado debe ser como una mina de oro. Estos son los fallos de Italia.

Le pregunté finalmente por su impresión acerca de la actual crisis política tras la renuncia de Fanfani y del inmediato futuro.

—Creo que desde el principio de la crisis hay mucha gente que desea ir a las elecciones generales. Deben convocarse las elecciones regionales, pero el partido de

la mayoría ve desfavorablemente las elecciones regionales porque tiene miedo de perder votos. En cambio, en las elecciones generales puede ganar la derecha o el centro, porque en ellas se discuten motivos más generales y políticos. La profecía que puede hacerse es que vamos hacia las elecciones generales.

Seguimos hablando de muchos y muy variados temas, desde la crisis de la Fiat, ante la que Moravia mostraba su preocupación por la situación que podía plantearse a miles de familias trabajadoras, hasta los viajes del escritor por Africa o la publicación de su último libro, Un'altra vita, que recoge treinta relatos en torno a treinta mujeres. O bien las previsiones que el escritor hace respecto de la sociedad mundial del futuro. En toda mi conversación con Alberto Moravia se hacía patente, a cada momento, su carácter franco y abierto, su natural llaneza, su falta de engruñamiento literario, su gusto por la vida, su casi juvenil entusiasmo por su trabajo y una fe insobornable, apasionada diría, en la libertad y la democracia. ■ L. C.



«Los democristianos han perdido votos por su mal gobierno, porque han gobernado mal al país, para decirlo claramente». (Moravia, en una playa de Cúmba, en 1966, acompañado de Régis Debray y del periodista Saverio Tutino.)